

# La culpa es del otro: paralelismos entre los dos finales (I y II parte) del *Guzmán de Alfarache*



Silvana Albertina Oyarzabal

Universidad de Buenos Aires, Argentina

silvanaoyarzabal@gmail.com

## Resumen

El trabajo pondrá en relación los cierres de las dos partes del *Guzmán de Alfarache* para demostrar los vínculos entre Dorido, personaje de la historia intercalada con que finaliza la primera parte, y Guzmán en el final de la segunda. Ambos desvían la atención de las propias culpas mostrándose a sí mismos como víctimas del engaño de otro.

Del episodio que culmina en la fatal mutilación de Oracio y la partida de Dorido, Guzmán solo dice registrar la alegría de no ser enamorado. Sin embargo, la actitud de Dorido es retomada por el protagonista ante el fraude de su falsario amigo Soto, a quien delata y condena a ser despedazado. De esta forma, a través de la venganza - que en ambos casos consiste en delatar la falta ajena- los perpetradores de esta quedan sanos, salvos y libres del castigo. Se confirma así lo que en el primer capítulo de la segunda parte se anuncia: “Son todos los hombres como yo” y la humanidad queda reducida, de este modo, a un todo idénticamente corruptible.

## The fault lies with the other: parallels between the two endings (I and II part) of *Guzmán de Alfarache*

### Abstract

The work will relate the closures of the two parts of the *Guzmán de Alfarache* to demonstrate the links between Dorido, character of the story interspersed with the end of the first part, and Guzmán at the end of the second. Both divert attention from their own guilt by showing themselves as victims of another's deception.

Of the episode that culminates in the fatal mutilation of Oracio and the departure of Dorido, Guzmán only says to register the joy of not being in love. However, the attitude of Dorido is retaken by the protagonist before the fraud of his fake friend Soto, whom he betrays and condemns to be torn apart. In this way, through revenge

### Palabras clave

vínculos  
engaño  
venganza  
mutilación  
culpa

### Keywords

links  
deception  
vengeance  
mutilation  
blame

- which in both cases consists of betraying the lack of others - the perpetrators of this are healthy, safe and free from punishment. This confirms what is announced in the first chapter of the second part: "All men are like me" and humanity is reduced, in this way, to an identically corruptible whole.

## I

La culpa y la inocencia, el castigo o el perdón forman uno de los núcleos más discutidos por los lectores de *Guzmán de Alfarache*.<sup>1</sup> Unas interpretaciones se inclinan por una lectura didáctico-moralizante y otras por una visión cercana al cinismo.

La obra de Alemán, superados los cuatrocientos años de su publicación, se torna irreductible a todo intento de binarismos. Por ello es interesante analizar relaciones que se establecen en el texto y en su estructura, que problematizan nociones radicales como "atalaya",<sup>2</sup> confesión y conversión.

Aquí pondremos en diálogo los cierres de las dos partes de *Guzmán de Alfarache* en tanto surge de la lectura un espejamiento entre Dorido, personaje de la historia intercalada con que finaliza la primera parte, y Guzmán, en el final de la segunda. Mateo Alemán ha logrado que su obra pueda ser leída como "atalaya", al tiempo que devela la hipocresía que albergaban el arrepentimiento y el perdón en su sociedad.

El capítulo de clausura se inicia con una anécdota en la que se trata cómo las cosas pueden parecer unas y ser inversamente lo contrario. Ante una pintura hecha a pedido, el cliente se manifiesta disconforme con la obra del artista ya que había pedido un caballo corriendo y este aparecía revolcándose. La respuesta fue que debía darlo vuelta para verlo como él deseaba. A este engaño recurre Guzmán para referirse a las obras de Dios. Como lectores sabemos que en este capítulo el personaje será víctima de Soto, su camarada, y sufrirá una fuerte tortura física para que confiese un delito que no cometió. Pero luego (ya analizaremos cuáles fueron sus razones) él delata la conjuración de Soto y salva a su capitán y a la galera, símbolo de la España católica y rectora, de caer en poder de los moros y queda por ello "como libre" esperando el indulto del rey. Como una unidad aislada, el capítulo es coherente y circular. Lo que parecía ser para Guzmán el peor momento de su vida culmina con la seudo liberación en galeras. De idéntica forma que el caballo puesto en la antesala del cierre de su historia, que luego de parecer estar revolcado resulta estar corriendo, esa imagen que invita a reflexionar sobre el punto de vista también puede aplicarse a la obra en su conjunto y de esa manera conversión o cinismo, "atalayista" o picaresca se vuelven partes idénticas de un todo.

Michel Cavillac afirma:

Ya desde 1598 coexisten, pues, en la mente de Alemán esas dos nociones antagónicas de "pícaro" y "atalaya" que nos obligan a postular que la conversión del héroe formaba parte del proyecto inicial del novelista, quien, por tanto, se propuso menos escribir una novela picaresca que una novela atalayista (2010:167).

Su crítica a quienes se manifiestan reacios a la idea de conversión sincera, como Brancaforte y Marquez Villanueva, Maravall y Carreter, radica en considerar sus lecturas como reduccionistas (2004: 173-174). En este trabajo demostraremos que afirmar exactamente lo contrario también lo es.

Cavillac propone, oponiéndose fervientemente a la idea de un narrador pícaro, que

1. Todas las citas pertenecen a la edición de Bruguera (1982). Se indica en orden: parte, libro, capítulo y página.

2. El vocablo según registra Covarrubias en 1611 remite a "Lugar alto desde el qual se descubre la campiña; los que asisten en ellas también se llaman atalayas. Éstos dan avisos con humadas de día y fuegos de noche si ay enemigos o si está seguro el campo" (s.v. "atalaya"). Esta doble acepción, como espacio o sujeto, tuvo en dicha época una interpretación moral que es con la que se relaciona la obra de Alemán. Para un análisis profundo del uso del término en el Siglo de Oro ver: Cavillac, 2010: 7-22.

la denuncia de “la conjuración” cerca de “la costa de Berbería” será todo lo cínica que se quiera, pero significa la salvación de la galera cristiana. En este caso, lo bajo no excluye lo grave. Al apostar por “el servicio de Su Majestad”, el corullero no sólo confirma su conversión en “la cumbre del monte de las miserias”, sino que se erige en atalaya de la nave poniendo la proa “a solo el bien común” (2004: 174).

Esto es correcto en cuanto a la realidad social y religiosa de la época. Lo señalado incluye palabras del mismo Guzmán e incluso de Mateo Alemán en su dedicatoria al discreto lector de la primera parte (1ra, pról.: 12). Aceptamos que existe, como plantea en su artículo “*Guzmán de Alfarache* ¿una novela ‘picaresca’ o ‘atalayista?’” (2010: 198-215), una clara diferencia entre la intención autorial y la recepción. Pero ¿es posible asegurar que es una conversión verdadera y una acción por el bien común la de un personaje que a lo largo de toda su narración tematiza la circularidad inevitable del vicio, el deseo de venganza que hay en todos los hombres y la necesidad de acercarse al poderoso en beneficio propio? La obra es un todo híbrido y desde ahí analizaremos ciertas implicancias que indican que lo que parece (a nivel narrativo) puede no ser lo que es (a nivel significativo).

## II

Los finales de las obras simbólicamente son cortes. Cuando atendemos a los cierres narrativos de las dos partes del *Guzmán de Alfarache* hallamos elementos que ambos comparten y no pueden ser ignorados. Por eso analizaremos la historia intercalada del último capítulo de la primera parte, que ha sido poco trabajada en relación a la significancia que ella cobra respecto de la historia principal y su resolución.

La *Primera parte de Guzmán de Alfarache* concluye<sup>3</sup> con un soneto (1ra, III, 10: 427) que es traducido del italiano al “vulgar nuestro” por Guzmán y que comienza con un enfático Yo:

Yo fui el acelerado, a quien el celo,  
viéndome de otro amante preferido,  
imitando su voz, seña y vestido,  
ciego con el enojo de un Martelo.  
A los hombres cruel, traidor al cielo,  
A Clorinia inocente, aleve he sido:  
Causóse de mi amor y de su olvido,  
Memoria eterna y lágrimas al suelo.  
Una mano y la vida al ángel bello  
Por venganza quité con inclemencia  
Desdeñome y amaba otro mi amigo.  
Ese me puso aquí las mías al cuello,  
Fue parte, juez testigo y su sentencia,  
Según mi culpa, aún es poco castigo.

Enojo, crueldad, amistad, venganza y culpa están enunciados en esta construcción poética que cuelga del dogal puesto en el cuerpo despedazado de Oracio. Esta confesión fue escrita por su asesino, Dorido, que luego de cometer el acto “se ausentó de Roma” (1ra, III, 10: 426). Esta historia narrada por el gentilhomme napolitano es con la que decide Guzmán terminar la propia. A nivel narrativo, se torna significativa en tanto la propia vida, que dio motor a la escritura del arrepentido galeote, queda desplazada por otro “yo” que se anuncia culpable pero que, a su vez, fue construido como tal por “otro yo” no menos responsable, quien encontró en la publicación de la falta ajena su venganza y exculpación.

3. Exceptuando las ediciones de Barcelona 1599, 1600 y Bruselas 1600 en que figura después del “Elogio” preliminar de Alonso Barros como señala Enrique Miralles en su edición en la nota 31 (1ra, III, 10: 427)

4. Nótese que Italia y Francia eran lugares socialmente considerados como asentamientos de lo erótico y del libertinaje y es sabido que mientras esas cosas sucedieran por fuera de España, se podían sacar a la luz.

5. Para una lectura genérica de la novela intercalada, v. McGrady, D., 1966-1967.

La historia de Dorido y Clorinia sucede por fuera de España, en Roma, y se narra en las inmediaciones de la casa del embajador de Francia.<sup>4</sup> Apartándonos de la casuística de amor cortés que ella desarrolla, de su posible lectura como *novella* italiana<sup>5</sup> y de su conexión temática con el mito de Píramo y Tisbe encontramos que es en sí misma una exposición sobre la simulación. Lo que permite el avance de la acción es el parecer y no el ser.

Lo primero que busca el personaje es aparentar la amistad. El narrador de la historia dice que

Dorido impaciente, cudicioso de mejorarse en favores, buscó modo cómo con más comodidad gozar de la dulce vista [...] y fue hacer amistad muy estrecha con el hermano, que se llamaba Valerio. Diose tal maña que no podía Valerio vivir sin Dorido, lo cual fue causa que muchas veces lo llevase a su casa, haciéndose de señor della, donde a su placer contemplaba la hermosura de su dama (1ra, III, 10: 413).

Este hacedor de amistad se erige como farsante en relación a Valerio que verdaderamente estima este lazo y nunca será desengañado gracias a la astucia que Dorido tuvo en el caso.

En segundo lugar, disimula su verdadero estado. Cuando Scintila, la tercera en sus amores con Clorinia, le comunica el deseo de su dama y le entrega como prenda “una cinta verde como señal de esperanza” (1ra, III, 10: 413), él “quedó espantado y mal contento [...] más visto que no había otro remedio, habiéndolo hecho Clorinia, disimuló su poca satisfacción y lo mejor que pudo le agradeció la buena voluntad y obras” (1ra, III, 10: 413-414).

En tercer lugar, “disfrazado el vestido”, acude al encuentro con Clorinia. La relación pretendida con su amada se dio por medio de un agujero en la pared, a través del cual los cuerpos se comunicaban “en cuanto las manos hablaban, ellos callaban, que lo uno impedía lo otro” (416). En las manos de Clorinia y Dorido estarán el dar y el quitar, el amor y el honor respectivamente.

Luego de la irrupción -necesaria para el conflicto- de dos mancebos, también amigos de Dorido, que interrumpen la vista de los amantes al día siguiente y develan sus amores con Clorinia (418), aparece la figura de Oracio. Este –según afirma la voz narrativa– es “muy gran amigo de Dorido” y podemos tenerlo por tal, en tanto conoce lo que hasta ese momento no se había develado: Dorido no quería casarse con su dama.

Oracio comunica a su amigo la intención de tomar por esposa a la joven Clorinia, a lo cual

valieron mucho con Dorido las afectuosas palabras y ruego lícito de Oracio, y así le respondió ser muy contento, prometiéndole, si su señora dello gustase, desembarazaría el puesto [...] y viviese seguro que no le sería competidor para lo cual haría dos cosas: la una desengañar a Clorinia, diciéndole cómo por cierto voto él no podía ser casado con ella, y por la otra, que para poderla olvidar procuraría amar en otra parte (1ra, III, 10: 419).

De este modo, conocemos por el propio Dorido que engañó a Clorinia y que nos oculta un voto. Además de exponer el carácter embustero del personaje, la escena trabaja con uno de los tópicos más populares de los dos amigos, el que consiste en ceder la mano de la prometida al amigo enamorado. Esto responde al discurso de la filosofía de la amistad de Aristóteles y Cicerón<sup>6</sup>, principalmente, donde la *amicitia* perfecta indica que el verdadero amigo es un “otro yo” que comparte con uno hasta

6. V. Herrería, 2014: 2-3.

el mismo corazón. Tal como refiere el mismo Mateo Alemán en la segunda carta que escribe a su amigo Máximo: “la verdadera amistad consiste en una igualdad y tal que tú y yo seamos una misma cosa y cada individuo medio del otro, gobernados como un solo corazón, siendo conformes en querer y no querer, sin haber tuyo ni mío”. (Cros: 442, en Herrería, 2014: 2). Sin embargo, veremos cómo se tematiza en este capítulo de cierre de la primera parte la amistad fallida.

A comienzos del siglo XVII, en España, se manifiesta un cambio respecto de la amistad, la cual comienza, según Gil Osle, a formar parte de “una burguesía emergente que no necesariamente compartía los ideales de la nobleza, con su economía de mecenazgo ni con los simbolismos aristocráticos de la *amicitia*” (Gil Osle, 2013, en Herrería, 2014: 3). Este aspecto también es retomado por el autor del Guzmán en la carta antes citada cuando se lamenta: “Los [amigos] que de mí recibieron bien me dejaron, los que alegremente comieron en mi mesa, con rostro triste y enfado me despiden de su puerta, negándome su conversación y compañía, que es por la ingratitude” (Cros 442-43, en Herrería 2014: 2). Numerosos son los pasajes en que el narrador-galeote se queja de la amistad, pero, significativamente, antes de que esta historia intercalada tuviera lugar en la coda del capítulo, en el inicio, lo hallamos reflexionando: “Mis amigos hartos de mí, no fue necesario que yo avergonzado los dejase, pues ellos me desecharon yéndose acortando en el dar hasta sin rebozo venirlo a negar” (1ra, III, 10: 406). Esta idea de imperfecta amistad señalada por el personaje principal será reforzada, luego, por la amistad por conveniencia que, como hemos leído, expone el ardid de Dorido y, finalmente, por los sucesos violentos entre Dorido y Oracio, que se dicen amigos, pero se manifiestan rivales mortales.

Dorido, cumpliendo su palabra, va a tratar el amor de Oracio con Clorinia. Ante el enojo que ella manifiesta, el narrador describe que “No dejaba Dorido de recibir contento por ser el verdadero crisol donde se afinaban sus amores y la seguridad con que lo amaban, y así no se lo volvió a tratar; antes prosiguió sus visitas de día y noche, habiendo primero desengañado a Oracio de lo pasado” (1ra, III, 10: 420). Aquí toda la liberalidad mostrada en un primer momento ante su amigo cede al placer individualista de ser él y no otro su enamorado. Incluso, no tiene en consideración que esto es perjudicial a los fines amorosos de su amada; al no pretenderla como esposa, la deshonra causada es mayor. Aún más, no cumple con la palabra dada a su amigo y elige callar este detalle con que desengañaría a Clorinia para guiar su voluntad hacia Oracio y sigue disfrutando en beneficio propio.

La resolución del caso es fatal. Oracio, víctima de una ira infernal, trocó el amor en aborrecimiento y fingió ser su otro yo, su amigo Dorido; Clorinia

recibió con dulces palabras al fingido amador, que callado estaba, lo cual incitó más a Oracio en su traición y metiendo la mano por el agujero, así de la de Clorinia y se la sacó afuera, fingiendo querérsela besar. Así se la tuvo apretada con la suya izquierda y, con la derecha, sacando un afilado cuchillo que llevaba, sin mucha dificultad y con suma impiedad se la cortó y llevó consigo (1ra, III, 10: 421).

El fingimiento continúa siendo el eje de la acción y en lo que sucede lo seguirá siendo. Los padres decidirán ocultar el suceso para no perder la hija y la honra “todo junto” (1ra, III, 10: 422). Empero, la amistad (fingida) que Dorido tenía con Valerio lo pondrá en conocimiento del caso: “¡Ay amigo verdadero! ¿dónde vais? ¿Vais por ventura a llorar con nosotros nuestras desgracias y el trágico dolor que nos acaba las vidas? [...] ¡Ay! que de vos, que sois amigo verdadero no se podrá encubrir lo que de todo el mundo habemos de negar” (1ra, III, 10: 422). La escena de Valerio desesperado de dolor por la hermana mutilada le otorga una carga de mayor cinismo al personaje de Dorido. Pues él iba a encontrarse con su amada (1ra,

III, 10: 422) y ante la sorpresa del caso y los reiterados apelativos que lo nombran como “verdadero amigo”, elige callarse y no confesar su responsabilidad. Su culpa la asumirá solo y en sus aposentos:

¡Clorinia de mis ojos!, Bien veo el mal que por mí te ha venido. Yo fui causa dello [...] yo te truje a este paso tan amargo, yo te he muerto, pues te inquieté de tu reposo, yo te saqué de tu recogimiento [...] Clorinia, vida mía, ya no vida, sino muerte, pues con la tuya vendrá la mía! ¡Yo te hice este mal! (1ra, III, 10: 424).

Este reconocimiento de la culpa será reemplazado rápidamente por el sentimiento de venganza. Párrafo seguido le promete a Clorinia cortarle a Oracio sus dos manos sacrílegas. Antes de llevar a cabo su cometido, pide como esposa a Clorinia y aclara: “aunque para lo que quiero proponer fuera necesario no ser yo mismo, la ocasión y secreto me obligan que lo haga” (1ra, III, 10: 425). Dorido está tomando dicha responsabilidad a modo de expiación de su propia culpa, la cual nunca reconocerá en público, así como tampoco develará cuál es el voto que le impide desposarse.

Finalmente, tendremos los últimos engaños del caso. Dorido invita a Oracio a comer y para ello “...fingió no saber alguna cosa. Mostróle el rostro alegre, la boca risueña” (1ra, III, 10: 426). Esta actitud en su amigo y la seguridad de haber cometido el corte de la mano de Clorinia en total secreto contribuyen a la aceptación del convite. Dorido, luego de la cena con vino somnífero, lo ata a la silla, le da una poma para que despierte, note ser ese “castigo de su culpa” y esté consciente en el momento de la ejecución de su venganza:

Le cortó ambas manos y en el canto de la silla le dio garrote, con que lo dejó ahogado. Y esta madrugada lo trujo antes del amanecer delante de sí en la silla de un caballo, y poniendo un palo en el agujero donde cometió el delito, lo dejó ahorcado dél y con una cinta las dos manos atadas al cuello por un dogal un soneto (1ra, III, 10: 426).

La necesidad de descargar sobre Oracio toda su violencia y su ira responde a un carácter que en él ya había sido señalado. No es el suceso con su amada lo único que despierta su cólera. Cuando se oculta de sus otros “grandes amigos” para evitar ser reconocido, ante la desesperación de no acudir a tiempo al encuentro con su dama, el narrador afirma que: “llegó con la cólera en tal desesperación, que estuvo determinado de acometerles, dándoles caza si no le aguardaran, y si se defendieran matarlos” (1ra, III, 10: 417). Más adelante se aclara cuál fue la razón de no hacerlo: “considerando, no el peligro, sino el estado de sus negocios, por no perderlos estuvo sosegado” (1ra, III, 10: 417). Dorido tiene el deseo de matar pero siempre actúa conforme a sus propios intereses.

Con la resolución del caso, parece vengar a Clorinia con el asesinato de Oracio, su ejecutor. Sin embargo, no mostró en extremo interés en su dama: Dorido no volvió siquiera a acompañarla en su lecho de muerte; antes partió a Roma. Embustero en todas sus acciones, nunca confesó con su familia su responsabilidad en el hecho de que Clorinia sacara por el agujero su mano para comunicarse con él y no cumplió con lo que afirmó en su confesión privada: “¡Clorinia, vida mía, ya no vida, sino muerte, pues con la tuya vendrá la mía!” (1ra, III, 10: 424). Él no muere, huye y deja por confesión el soneto en el cuerpo de su amigo devenido en enemigo. Culpa al otro, y halla en la venganza y la delación la forma de salvarse a sí mismo.

Es difícil pensar que es obra de la Fortuna que esta historia intercalada cierre la *Primera parte de la vida de Guzmán de Alfarache*. Y es llamativo que luego de todas las disertaciones acerca de la amistad imperfecta y los vicios del hombre sólo intervenga la voz del galeote-narrador para decir: “Yo di mil gracias a Dios, que no me hizo

enamorado" (1ra, III, 10: 427). No termina su obra con su propia historia sino con la historia de una venganza, una mutilación y una culpa expiada por otra denunciada: elementos que se verán espejados en el final de la segunda parte.

### III

Uno de los recursos narrativos que elige poner en juego Alemán a través de su personaje, escritor autobiográfico, tiene que ver con la memoria. Condenado a galeras, sobreviene la conclusión de la narración de su vida. Es en esos últimos capítulos en que aparecen dos elementos que conectan el presente de la narración con su pasado y que significativamente lo vinculan con su estadía en casa del embajador de Francia. Brancaforte, en su edición, señala que

como es el caso de toda obra autobiográfica o pseudo-autobiográfica, el papel de la memoria –la voluntaria y la involuntaria– es un problema central en el Guzmán. Por medio de la memoria, receptáculo de impresiones y recuerdos significativos, son recreados los acontecimientos que han dejado una huella en la conciencia y subconciencia del narrador. Una característica de la memoria, según subrayó Bergson, es relacionar el pasado con el presente por contigüidad y semejanza (1996: 15).

El capítulo VII, del Libro Tercero de la Segunda parte es fundamental, en tanto allí comete el robo que concluirá con él en galeras. La esclava que trabaja en la casa de la señora –a quien Guzmán robó por última vez fuera de prisión– le entrega una cinta verde por esperanza de volver a verlo libre (2da, III, 7: 494). Este elemento conecta directamente con la historia de Dorido y Clorinia. Aunque no sea señalado por el narrador, puede estar significando una relación involuntaria de su memoria. Nótese que en este capítulo se nombra por primera vez a Soto y se lo describe como miedoso y delator ante la fuerza del tormento,<sup>7</sup> habiendo dicho no solo sus culpas sino las ajenas (2da, III, 7: 494). Sabemos que Soto, al igual que Oracio terminará despedazado y el vínculo entre una y otra mutilación se vuelve necesario tanto por la estructura de la obra como por la idea, que se presenta en ambos casos, de anular a quien conoce las culpas propias para evitar ser delatado. Por esa misma razón, en este capítulo elige a su abogado, que se dice “muy grande amigo” (2da, III, 7: 491). Guzmán confiesa: “mas fueme forzoso elegirlo a él por temor que tuve, que, como sabía mis causas viejas, a dos por tres descornara la flor y me hiciera en dos horas juntar un ciento de ellas” (2da, III, 7: 492). También Dorido se vio obligado de acordar con sus dos amigos la hora prima para ver a Clorinia y no pudo disimular porque se halló atajado con causas justas (1ra, III, 10: 418). Todo parece indicar que el otro se vuelve poderoso por el conocimiento que tiene de uno y sólo lo que uno mismo conoce –como el sentimiento de culpa o el deseo de venganza– puede ser conservado para siempre sin salir a la luz.

En el capítulo IX, cuando llega el pariente del capitán, dice Guzmán que traía “una gruesa cadena al cuello a uso de soldados, casi como la que tuve en un tiempo” (2da, III, 9: 522). Con ese elemento, está haciendo referencia a su estadía en casa del embajador de Francia y recordemos que, luego de la llegada del fingido soldado español, que tanto hastió le causó, se narra la historia de Dorido y Clorinia. Guzmán recuerda y manifiesta la relación del objeto que revive el pasado y busca que sus lectores vuelvan a tener presente ese momento de su historia. Más aún cuando narre que servirá a este caballero en su calidad de “entretenedor y gracioso” (2da, III, 9: 523), actividad que desarrolló también en casa del embajador de Francia.<sup>8</sup> Tenemos entonces estos elementos que no pueden ser leídos sin reparar que hacia el final de la segunda parte se está rememorando el final de la primera.

7. Luego también a fuerza de tortura confesará en galeras sus culpas (2da, III, 9: 506 y 537).

8. Además, tal como señala Vila (2016: 139-140), este es un recuerdo distorsionado que denuncia un fallo intencional del narrador para resignificar su confesión. Al decir “casi como la que tuve” y enfatizar tanto la semejanza como la diferencia de ambas cadenas, el objeto cobra otra relevancia para el lector y es la de poner en relación al caballero rico, a Guzmán y al embajador francés en una tensión sexual reprimida y pretendidamente soslayable en la narración. Para el análisis de la importancia que cobra en la vida de Guzmán la estadía en casa del embajador de Francia, ver Vila (2015a).

La segunda parte concluye, como señalamos, con la condena de Soto y un compañero “a ser despedazados de cuatro galeras”, mientras otros cinco fueron ahorcados. Nuevamente nos hallamos con cuerpos cercenados, con las partes separadas de un todo cuya existencia hace peligrar la integridad de un otro. Soto era para Guzmán lo que Oracio para Dorido: el recuerdo de la culpa y la amenaza constante de ser delatado en la propia miseria basándose en el conocimiento que de su persona tiene en calidad de amigo. Por lo tanto, se hace necesaria la delación de su culpa para salvar la propia. Guzmán, al delatar el levantamiento tramado por Soto, parece actuar, como hemos visto, en favor común. Así también, lo considera el capitán que le permite que “como libre” anduviese por la galera (2da, III, 9: 537). Pero ciertos pasajes lo conectan con el sentimiento de venganza y la persecución del bien propio. Insistamos que esta escena de culpar a otro para excusar la propia culpa termina, como la primera parte, con el descuartizamiento y, de este modo, los paralelismos que el propio Guzmán reconoce en su carácter de simulador y vengativo lo siguen relacionando con Dorido. Así se aleja el personaje cada vez más de la idea de salvación del pueblo cristiano de los moros y se acerca a la salvación de sí mismo por medio de la ejecución de una venganza.

En el capítulo VII, importante por lo dicho con anterioridad, el narrador-galeote confiesa:

¡Cuántas veces de mi pan partí el medio, no quedando hambriento, sino muy harto, y con aquella sobra, como se había de perder o darlo a los perros, lo repartí en pedazos y lo di a pobres, no donde sabía padecerse más necesidad, sino donde creí que sería mi obra más bien pregonada! ¡Y cuántas otras veces, teniendo sangriento el corazón y dañada la intención siendo naturalmente pusilánime, temeroso y flaco, perdonaba injurias, poniéndolas a cuenta de Dios en lo público, quedándome dañada la intención en secreto! ¡Con secreto lo disimulé y en público dije: “sea Dios loado”, siendo de mí verdaderamente ofendido pues maldita otra cosa que impidió mi venganza sino hallarme inhábil para ejecutarla porque viva la tenía dentro de mi alma! (2da, III, 7: 484).

Se presenta de este modo como un gran simulador a quien la imagen pública desvela. Guzmán se hace eco de uno de los temas renacentistas trabajados por Gracián y retomado por Forcione al hablar de la dependencia del individuo frente a la mirada de la sociedad para lograr su existencia. En palabras de Gracián: “Las cosas no pasan por lo que son, sino por lo que parecen. Valer y saberlo mostrar es valer dos veces: lo que no se ve es como si no fuese. Hacerse persona es, en realidad, hacer parecer” (683). Además, agrega en su declaración que, aunque loaba a Dios tenía viva dentro de sí la venganza. De esta forma, la conversión final está mucho más cerca de la actitud vengativa e individualista de Dorido, aunque parezca un acto de salvación cristiana.

Es cierto que su confesión sobre la gran diferencia entre sus verdaderos sentimientos y lo que daba a conocer, es anterior a su transformación; pero veamos que en ella, afirma:

hálleme otro, no yo [...] Di gracias al Señor y supliqué que me tuviese de su mano. Luego traté de confesarme a menudo, reformando mi vida, limpiando mi conciencia, con que corrí algunos días. Mas era de carne. A cada paso tropicaba y muchas veces caía; mas cuanto al proceder en mis malas costumbres, mucho quedé renovado de allí en adelante (2da, III, 8: 519).

Esta es la circularidad a la que se encuentra confinado Guzmán, en tanto ser humano, a lo largo de toda su historia. El intento del buen obrar y su imposibilidad atraviesan toda la existencia del protagonista y están presentes incluso en este discurso que es

radical a la hora de interpretar su última decisión. Utiliza, en primer lugar, el verbo “tratar”, que indica intención pero no efecto y, posteriormente, el conector adversativo “mas”, para dar lugar al reconocimiento de sí como hombre falible. En esa limitación está su carácter forjado y se sostiene hasta el final, a pesar de las apariencias.

Guzmán, a través del cinismo de su autor, es un exponente de la simulación. La descripción hecha sobre su verdadero cambio hacia el bien –conforme actúa en el final como sujeto carente de piedad– podría ser ejemplo de aquellos pecadores a los que Montagne critica en su ensayo que versa “del arrepentimiento”:

nos hacen creer que sienten disgusto y remordimiento internos, pero de enmienda, corrección ni interrupción nada dejan aparecer. La curación no existe si la carga del mal no se echa a un lado; si el arrepentimiento pesara sobre el platillo de la balanza, arrastraría la culpa. No conozco ninguna cosa tan fácil de simular como la devoción, aunque con ella no se conformen las costumbres y la vida: su esencia es abstrusa y oculta fáciles y engañosas sus apariencias (1959: 209).

Guzmán, al igual que Dorido, actúa siempre en favor propio. Aún, luego de su transformación y de su insistencia en asegurarle al lector su verdadero “nuevo yo”, hallamos que Guzmán se había acercado al cómitre y se esforzaba por ser mejor que sus camaradas conociendo que había que hacer servicio a quien pudiera otorgar beneficio: “mi cuidado solo era atender al servicio de mi amo, por serle agradable, pareciéndome que podría ser –por él o por otro con mi buen servicio– alcanzar algún tiempo libertad” (2da, III, 9: 524).<sup>9</sup> Del mismo modo actuará ante las maledicencias de Soto: “Empero con todo su mal decir, procuraba yo bien hacer, tanto por sacarlo mentiroso, cuanto porque ya no había de tratar de otra cosa, por la resolución tomada de mí en este caso” (2da, III, 9: 525). Vemos que antes que su decisión de hacer el bien está su interés de hacer quedar mal a su camarada ante la mirada de los otros.

Posterior a la tortura que sufre Guzmán por un hecho que no cometió y del que no puede decir palabra porque su pasado hacía de él un ser menos creíble que Mahoma (2da, III, 9:530), tenemos la imagen del penitente que se une a otras que simbolizan la pasión de Cristo. De allí que afirme “Dile gracias [a Dios] entre mí a solas, pedíle que me tuviese de su mano [...] porque verdaderamente ya estaba tan diferente del que fui que antes creyera dejarme hacer cien mil pedazos que cometer el más ligero crimen del mundo” (2da, III, 9: 530-531). Esto, que busca provocar la empatía en el lector, se contradice hacia el final porque quien terminó hecho pedazos fue su enemigo Soto, y por su delación. Como Dorido, él quedará completo y el otro será desmembrado, aunque su responsabilidad sea indirecta y por una aparente causa noble. Sin embargo, el deseo de venganza que Guzmán puede tener dentro de él, según nos confesó anteriormente, y la diferencia que había entre lo que mostraba y sentía, está latente. Entre otras cosas (y después de su conversión) sabemos que él intentaba hacer quedar mal a Soto con lo que manifiesta su enojo. Pero hay otro detalle, que invita nuevamente a reparar en la constante preocupación por sí mismo. Cuando el capitán comprueba ser cierto lo que Guzmán dice, él nos cuenta: “dio muchas gracias a Dios que le había librado de tal peligro, prometiéndome todo buen galardón” (2da, III, 9: 536). Él no actúa conscientemente para salvar a la tripulación cristiana del peligro moro; Guzmán quiere su propia salvación.

Hacia el final en que dice resistir con los bienes de su ánimo a la Fortuna (2da, III, 9: 534), afirma:

Como siempre tuve propósito firme de no hacer cosa infame ni mala por ningún útil que della me pusiese resultar, conocí que ya no era tiempo de darles consejo, así por su resolución, como porque, si les faltara en aquello, temiéndose de mí no

9. Guzmán parece conocer que para ganarse el amor del cómitre es necesario encarnar todas aquellas actividades domésticas tipificadas como femeninas y –tal como sugiere Vila (2015b) en “Tanto se desmedra más, cuanto yo más lo acaricio”: La ruta equívoca de Guzmán en el laberinto homosocial de las galeras”– no vacila en extralimitarse. De este contacto –plantea en su artículo– surgirá la identificación entre ambos personajes, en tanto son sujetos que se ubican en el linde de mundos contrapuestos: el cómitre, entre el poder absoluto del capitán y el contacto con los condenados; Guzmán, entre la pertenencia al grupo de galeotes y el roce con los poderosos. Esta es por lo tanto una nueva relación identitaria que contribuye a la definición del personaje y su “nuevo yo”.

los descubriese, me levantarían algún falso testimonio para salvarse a sí, diciendo que yo, por salir de tanta miseria, los tenía incitados a ello. Diles buenas palabras y híceme de su parte (2da, III, 9: 535-536).

10. Es clara la referencia que Mateo Alemán hace al dispositivo fundado por el Lazarillo de Tormes a partir del cual su afirmación: “Yo determiné arrimarme a los buenos” adquiere una multiplicidad significativa, considerando que la cualidad de bondad se halla expresamente vinculada al medro. Para un análisis más específico de este detalle en la picaresca es de utilidad el artículo de Cabado (2011).

Ese “como siempre” se carga de picarismo<sup>10</sup> cuanto más cuanto lo que sigue es decir que se hizo de su parte por temor a ser culpado. Lo que sobreviene, todos lo conocemos: delata la conjuración y condena a pena de muerte a su camarada vuelto enemigo. No presenta ningún rasgo de misericordia ni piedad. Antes bien hace un recuento de las condenas de los de su galera sin reflexionar sobre el caso. Luego, en un mismo párrafo cuenta que “Cortaron las narices y orejas a muchos moros, para que fuesen conocidos y exagerando el capitán mi bondad, inocencia y fidelidad, pidiéndome perdón del mal tratamiento pasado me mandó a desherrar (2da, III, 9: 537). No puede dejarse de lado hacia el final, después de haber insistido tanto sobre su verdadera transformación, esta percepción dudosa de sí mismo.

Sobejano (1967) afirma que “la obra de Alemán no es pedagógica porque lance arbitrios o explane emblemas, sino porque representa el extravío del individuo en una narración y critica el de la sociedad en detenidas expansiones satíricas. Negativa, no positivamente” (37). Lo mismo puede decirse de Guzmán. Detrás de la aparente enseñanza, a través de la advertencia y el ejemplo de lo que no se debe hacer, que pretende brindarle a sus lectores, el personaje escritor se manifiesta siempre ambiguo, cifrado, indefinible, y en todos los casos poco fiable. En el primer capítulo de la segunda parte dijo: “Son todos los hombres como yo”, reduciendo la humanidad a un todo idénticamente corruptible. Hacia el final de su obra, su transformación –como hemos analizado– no lo quita de ese lugar de identificación en tanto todas sus acciones siempre tienen como fin último el beneficio propio.

La elección de colocar como cortes argumentales la cercenación de los cuerpos lleva a relacionar y establecer paralelismos entre Dorido y Guzmán y hemos visto cómo ambos se equiparan en la búsqueda del propio beneficio, el deseo de venganza y la exculpación en la delación de otro culpable. El despedazar al otro implica su desintegración como sujeto, su anulación. En ambos casos es funcional a una doble intención: en lo privado, implica separarse de quien recuerda con su existencia la propia culpa y en lo público, salir del lugar de culpable señalando el error ajeno como más grave y más peligroso. La culpa siempre es del otro en una sociedad donde la apariencia es lo que define al ser.

## Bibliografía

---

- » Alemán, M. (1982). *Guzmán de Alfarache*. Barcelona: Bruguera.
- » Cabado, J. M. (2011). “Arrimarse a los buenos: necesidades vitales y artificiales en el Lazarillo”. *Olivar*, 12(15), 131-149. Recuperado el 3 de agosto, 2016, de <http://www.olivar.fahce.unlp.edu.ar>
- » Brancaforte, B. (1996). “Estudio preliminar”. En: Alemán, M., *Guzmán de Alfarache*. Madrid: Akal, 5-34.
- » Cavillac, M. (2004). “El *Guzmán de Alfarache*: ¿Una “novela picaresca”?”. *Bulletin Hispanique*, CVI, 1, 161-184.
- » Cavillac, M. (2010). *Guzmán de Alfarache y la novela moderna*. Madrid: Casa de Velázquez.
- » Forcione, A. (1968). “El desposeimiento del ser en la literatura renacentista: Cervantes, Gracián y los desafíos del *Nemo*”. *NRFH*, XXXIV, 2, 654-690.
- » Herrería, A. (2014). “Las amistades imperfectas en la *Primera parte de Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán”. *Lejana. Revista Crítica de Narrativa Breve*, VII, 1-12.
- » McGrady, D. (1966-1967). “Dorido and Clorinia: An Italianite novella by Mateo Alemán”. *Romance Notes*, VIII, 91-95.
- » Montaigne, M. (1959). *Ensayos escogidos*. México: UNAM.
- » Sobejano, G. (1967[1959]). “De la intención y el valor de *Guzmán de Alfarache*”. En *Forma literaria y sensibilidad social*. Madrid: Gredos.
- » Vila, J. D. (2015a). “‘Empero mi alma triste siempre padeció tinieblas’: Guzmanillo y el dolor de la sujeción minoritaria”. En: Guillemont, M. y Vila, J.D (coords.), *Para leer el Guzmán de Alfarache y otros textos de Mateo Alemán*. Buenos Aires: Eudeba, 223-250.
- » Vila, J. D. (2015b). “‘Tanto se desmedra más, cuanto yo más lo acaricio’: La ruta equívoca de Guzmán en el laberinto homosocial de las galeras”. En: Guillemont, M. y Vila, J.D (coords.), *Para leer el Guzmán de Alfarache y otros textos de Mateo Alemán*. Buenos Aires: Eudeba, 251-274.
- » Vila, J. D. (2016). “Guzmán de Alfarache y el caballero rico de galeras: Claves melancólicas de la clausura del relato”. *eHumanista: Journal of Iberian Studies*, XXXIV, 134-155.

